

TERCER MUNDO Y TEOLOGIA

Trozos de una carta que enviara Paulo Freire a Rogerio de Almeida Cunha quien, bajo la dirección de J. B. Metz, está haciendo una tesis doctoral sobre los trabajos del mismo Paulo Freire.

Si es cierto que los seminarios, en cuanto instituciones, no pueden ser vistos o comprendidos fuera de la estructura de la sociedad en que están, es decir, que su transformación implica una radical modificación de la estructura, es posible, con todo, antes que ésta se verifique, tratar que ellos sean una de las voces en favor de tal modificación.

De ahí que, ya desde ahora, deban constituirse en centros utópicos, tomando el término utopía en el sentido en que lo expuse en el ensayo que acabo de escribir ("Cultural Action and Conscientization"). Esto es, como una indisoluble unidad entre denuncia y anuncio. Denuncia de las estructuras deshumanizantes y anuncio —que no puede realizarse fuera del compromiso— de las estructuras en las que los hombres puedan ser más, puedan amar, sonreír, cantar, crear, recrear. Solamente así los seminarios podrán ser proféticos y hablar auténticamente de esperanza.

Si es cierto que para los cristianos nos basta, como fundamento de nuestra esperanza, la convicción de que "Dios no miente", también es cierto que esta convicción no puede justificar nuestra inacción; nuestra neutralidad —que es connivencia— frente a una realidad en la que a los hombres les está siendo prohibido ser. No hay esperanza en la pasividad, en la acomodación, en el ajuste, sino en la dialéctica inquietud y paz, que caracteriza el acto crítico de la búsqueda permanente. Es por esto que mi espera solamente es válida, si busco y lucho con esperanza.

Una teología en que la esperanza fuese una espera sin búsqueda, sería profundamente alienante, porque estaría tomando por hombre a alguien que ha renunciado a su praxis en el mundo.

En el fondo ésta sería una teología que, asociando esperanza con pasividad, estaría negando al hombre como ser de la transformación y, además, negando la propia salvación como búsqueda en la conversión. El hombre sería un puro espectador, en una paciente "espera" de su salvación, no un "trabajador" de ella. La salvación debe ser trabajada para que pueda ser esperada. Solamente en la medida en que busco con esperanza, tengo el derecho de esperar. La esperanza de carácter fatalista, que nos lleva a una espera inactiva es, por eso mismo, falsa; nos lleva al acomodo con el "status quo", encierra un equívoco fatal: la dicotomía absurda entre mun-

Véase "Perspectivas de Diálogo", Montevideo, Núm. 50 (Dic. 1970).
Reproducido con expresa autorización de la revista.

danidad y transcendentalidad. Nada hago en el mundo sino esperar lo que hay más allá de él, que es puro, justo y bueno. De esta forma me hago cómplice de la injusticia, del desamor, de la explotación de los hombres en el mundo y niego el propio acto de amor con que Dios, Absoluto, se limita a sí mismo (y solamente El se podría limitar a Sí Propio), al valorar a los hombres, aunque limitados, inconclusos, inacabados, como seres de decisión, copartícipes de Su obra creadora.

No puedo aceptar ningún inmovilismo, que destruye el profundo sentido utópico y profético del mensaje cristiano, mensaje que nos sella como seres de camino, opuestos a la estabilidad, al acto de detenerse, que Cristo denunció...

Fuera de esta unidad denuncia-anuncio, que son acción y reflexión constantes, no hay esperanza y me parece que perdemos nuestra dirección como hombres en el mundo, con el mundo y con los hombres.

Tal vez hemos necesitado tanto como hoy un renacimiento teológico. Pero algo que, aprovechando el balance que la llamada Teología Radical de la Muerte de Dios, provocó en la teología medievalizada, va con todo más allá de ella. Algo que haga lo que parece que ella no fue o no está siendo capaz de hacer.

A veces, aunque no sea teólogo, sino un "hechizado" por la teología que, en muchos aspectos, marca lo que pienso que viene siendo mi pedagogía tengo la impresión de que el Tercer Mundo¹, por su naturaleza utópica y profética de mundo emergiendo, puede convertirse en una fuente inspiradora de este resurgir teológico. Es que las Metrópolis dominadoras están impedidas de ser utópicas por su naturaleza de sociedades para las cuales el futuro es la manutención de su presente: de Metrópolis. Están impedidas de tener esperanzas: están amenazadas por los "establishments", que temen todo futuro que las niegue. Su tendencia es condicionar filosofías y teologías pesimistas, negadoras del hombre como ser de transformación. Por esto es que, para pensar —y hay quienes piensan— fuera de este esquema, en las Metrópolis, es necesario, primero, "hacerse" hombre del Tercer Mundo.

Esta, me parece, debía ser la tarea básica, "the primary concern" de los teólogos del Tercer Mundo: ser hombres del Tercer Mundo. "Empaparse" de Tercer Mundo, para que, utópicos, proféticos, esperanzados, puedan ser hombres del mundo". Pero, ser hombre del Tercer Mundo significa renunciar a las estructuras del poder, a los "establishments" que, en este mundo, representa el mundo de la dominación. Es estar con los oprimidos, con los "condenados de la tierra", en una postura de auténtico amor, que no es la de la conciliación imposible entre quien oprime, aplasta, explota y mata y quien es oprimido, aplastado, explotado y amenazado de muerte. Ya es tiempo de que los cristianos distingan esta cosa tan obvia, el Amor, de sus formas patológicas: sadismo, por un lado; masoquismo, por otro; o ambos simultáneamente. El contrario del amor no es, como muchas veces o casi siempre se piensa, el odio, sino el miedo de amar, y el miedo de amar, es el miedo de ser libre. La mayor, la única prueba de

1 Cuando hablo de Tercer Mundo que está emergiendo y registro su naturaleza utópica, obviamente no me estoy refiriendo a sus élites de poder, sino a sus masas populares oprimidas y a un número cada vez mayor de intelectuales comprometidos en la lucha por la liberación.

Artículos

amor verdadero que los oprimidos pueden dar a los opresores, es retirarles, radicalmente, las condiciones objetivas que les dan el poder de oprimir, y no acomodarse, masoquísticamente, a la opresión. Solamente así los que oprimen pueden humanizarse. Y esta tarea amorosa, que es política, revolucionaria, pertenece a los oprimidos. Los opresores, en cuanto clase que oprime, jamás liberan, así como jamás se liberan.² Sólo la debilidad de los oprimidos es suficientemente fuerte para hacerlo.

Una audaz teología de la Revolución tiene que hacer esta distinción y tiene que ir más lejos que Tomás en el reconocimiento del derecho de rebelión. Como una teología de la violencia tiene que desenmascarar una serie de mitos, entre los cuales el de que sólo el oprimido es violento, cuando se defiende, al final, de la violencia del opresor. Para mí, violento es el acto con que uno o algunos hombres, o una clase, impiden a otros o a otra clase ser. Ahí está el desamor. Por el contrario, amoroso es el acto con que se busca anular esta prohibición. La violencia de los oprimidos, por esto mismo, no es violencia, sino respuesta legítima; es afirmación del ser que ya no teme la libertad y que sabe que ésta no es un presente, sino una conquista.

* * *

No podría haber contestado su carta burocráticamente... No escribo a nadie burocráticamente. De ahí que me haya extendido tanto, antes de presentarles algunas indicaciones que me parecen útiles en relación al núcleo central de su carta.

² Desarrollo estas tesis ampliamente en uno de mis últimos libros, "Pedagogía del Oprimido", que está siendo traducido al inglés y al castellano (Montevideo, Tierra Nueva, 1970).

Los subrayados son de la propia carta.